

D^a Inés, por su parte, tenia ya deseos de una aventura amorosa: desde su vuelta de España habia visto pasar sus años entregada solo á los dulces recuerdos de su vida en Madrid y mirando llegar la vejez, que debia apartarla para siempre de los placeres.

Por eso con tanta facilidad acojió los amores de D. Guillen. Las mujeres que corren el último período de la juventud, y sobre todo, cuando han sido muy galanteadas en la primavera de su vida, son como el hombre á quien arrebatan las aguas de un rio; se aferran á la primera mano que se les tiende, con tanta avidez como gratitud. En ese estado las mujeres aman con todas las fuerzas de su alma; porque piensan que es el último amor de su vida, se entregan completamente á él y no quieren perder ni un instante en el tiempo, ni un pensamiento en la pasion.

Esto era lo que sucedia á D^a Inés, y por eso se habia apasionado del Señorito, no realmente porque este lo mereciese, sino porque lo mismo habria hecho ella con cualquiera otro que la hubiera declarado sus amorosos deseos.

Es casi seguro que las mujeres cuando no son casadas pasan por dos épocas en las que sienten una irresistible necesidad de amor; en los dos crepúsculos de la juventud, al comenzar y al terminar esa feliz edad.

Una niña que comienza á ser jóven, y una jóven que comienza á ser vieja, ven amor, ilusion y deseo en cuantos hombres encuentran, con tal que los consideren capaces de amar.

Por eso vemos jovencitas que se apasionan de hombres que pudieran ser sus padres y jamonas enamoradas de adolescentes que pueden ser sus hijos.

VII.

De como el Señorito entró á la casa de D^a Inés, y de lo que allí concertó con ella.

O faltó D^a Inés á su promesa, y D. Guillen recibió de sus manos una plancha de cera en la que la dama habia estampado la figura de la llave, que necesitaba el Señorito para entrar á la casa.

Aquella llave no era por cierto de una forma muy particular, y en aquel mismo dia, sin necesidad de mandar hacer una á propósito, D. Guillen encontró entre los muchos truhanes con quienes cultivaba buenas relaciones, una *ganzúa* á propósito.

En la noche la entregó á D^a Inés, y como ni el uno ni la otra querian perder el tiempo, acordaron verse en la misma noche, para lo cual D^a Inés abriria la puerta á las doce y el galan llegaria á la misma hora.

En aquella primera cita pensaba D. Guillen acabar de ganarse la confianza de la dama y averiguar por medio de ella indirectamente cuál era la situacion de la casa en el interior, cuál el número de los sirvientes; adónde dormian, y en fin, todo lo necesario para consumir su obra.

D^a Inés esperaba la media noche con una inquietud como la que sintió en su primer amor.

El marqués de Rio-florido se encerró en su aposento: toda la servidumbre dormía tranquila: la casa estaba en el mayor silencio y en la mas completa oscuridad; solo D^a Inés velaba en su aposento mirando con impaciencia las agujas del reloj.

Las aguas del canal que cruzaba á la espalda de la casa de D^a Inés se deslizaban tranquilas y mansas en la oscuridad, sin producir el mas lijero murmullo: en las márgenes de aquel canal no se veía ni una luz, todo estaba perfectamente tranquilo.

De repente un rumor apenas perceptible se sintió en las aguas y como una fantasma negra apareció en el canal una de esas canoas pequeñas que los indíjenas llaman *chalupas*.

Dos hombres iban dentro de ella; los dos de pié: era el uno un remero, vestido con un ancho calzon y una camisa blanca, y con un pequeño sombrero de palma: el otro era un hombre embozado en una capa negra y con un ancho sombrero negro tambien.

Los dos parecían muy acostumbrados á navegar en *chalupa*, porque conservaban con extraordinaria facilidad el equilibrio en aquella peligrosa embarcacion en que hay tanta facilidad de perderlo.

La chalupa seguía la marcha de la corriente, y el remero no tenía mas que hacerle conservar la buena direccion introduciendo de cuando en cuando al agua la pala que le servía de remo, sin producir el mas leve rumor.

Aquella canoa misteriosa tenía algo de fantástico; de seguro que si algun vecino hubiera estado en su ventana y ya hubiera visto pasar, se habría retirado inmediatamente haciendo la señal de la cruz y teniendo la convicción de que había visto una *alma en pena*.

Daban las doce de la noche, y el eco lejano y triste de la campana del reloj de palacio, venía como un gemido deslizándose sobre los techos de la dormida ciudad.

—Aquí—dijo el embozado de la chalupa.

El remero imprimió un movimiento de costado á la pequeña embarcacion que obedeció lijera, y como una abeja que se clava rápidamente en el cáliz de una rosa la chalupa llegó hasta el pié de una pequeña escalinata que había delante de una ancha y vieja puerta.

En aquel mismo instante se escuchó el ruido de una llave que jugaba con precaucion dentro de la chapa de aquella puerta.

El embozado saltó lijeramente de la chalupa y subió los tres escalones que le separaban de la puerta, á tiempo que esta se abría.

—D. Guillen—dijo una voz de mujer.

—¡Amor mio!—contestó el hombre.

D. Guillen entró y la puerta volvió á cerrarse; el remero saltó á tierra, sacó del agua la pequeña canoa, la puso cuidadosamente en la rivera, y seguro como estaba de que nadie vendría á molestarle porque por allí nadie podía pasar, se acostó tranquilamente dentro de ella, se cubrió el rostro con el sombrero y comenzó á dormir.

D. Guillen había entrado á uno de esos grandes patios que hasta hoy día vemos en las márgenes de ese canal.

Elevadas tapias lo rodeaban; en uno de los lados había

un gran depósito de leña; espuesto á la intemperie; en el otro un gran portal, debajo del cual se colocaba carbon, paja ó cualquiera otra cosa que pretendia tenerse á cubierto.

Estos patios eran y aun son una especie de puertos de depósito particulares.

El piso estaba lleno de fango, y en algunas partes de agua en la que cantaban alegremente los sapos y las ranas.

D^a Inés condujo cuidadosamente á D. Guillen hasta debajo del cobertizo, y se sentó á su lado sobre unas grandes planchas de madera que estaban allí depositadas.

—Por fin, Inés mia—dijo D. Guillen—puedo verte á mi lado, y libre de testigos importunos estrecharte feliz entre mis brazos y decirte que te amo.

—Sí, Guillen, ya estoy á tu lado; ya no puedes dudar de mi amor, ya no puedes echarme en cara que otros en España han sido más felices que tú.

—Perdóname, mi vida, pero tenia celos del pasado.

—¡Celos! ay, Guillen, todo eso que fué se ha perdido ya hasta en mi memoria, ¿cómo amándote á tí podia recordarlo?

—No, Inés, no temia que tú lo recordaras, sentia en mi corazon celos, envidia, porque creia que á otros habias amado mas que á mí; que á otros habias concedido mas favor.

—Nadie ha sido dueño de mi corazon como tú, nadie como tú ha dominado mi alma.

—¿Es verdad?

—Te lo juro.

—Es decir que á nadie has amado en el mundo?

—Guillen á tí no te quiero engañar, para tí no quiero tener secretos, y por eso voy á confesarte la verdad; he ama-

do á otro hombre antes que á tí: le amé con delirio, pero él me engañó, no supo corresponder á mi pasion, y aquel amor se trocó en odio, y juré vengarme, y me vengué, Guillen, me vengué.

—¿Y quién era ese hombre?—preguntó D. Guillen fingiendo que aquella revelacion le conmovia—¿su nombre será para mi un secreto, Laura?

—Para tí no tengo, no quiero tener secretos, ese hombre se llama D. Fernando de Valenzuela.

—¡Valenzuela!—esclamó entonces verdaderamente admirado el Señorito—¿Valenzuela, el amante ó favorito de la reina?

—El mismo.

—¿Ese que ahora está desterrado en Filipinas?

—Sí.

—¿Ese en cuyo favor conspiran aquí.

—¿Conspiran?—esclamó D^a Inés irguiéndose violentamente.

—Es decir, cuentan que conspiran—contestó D. Guillen conociendo que habia cometido una lijereza imperdonable tratando de disimular.

Pero D^a Inés tenia una admirable penetracion, y no se le escapó que su amante se habia turbado.

Una idea luminosa habia cruzado por su cerebro, y con su fácil y rápida concepcion, culculó inmediatamente que en Méjico habia una conspiracion en favor de Valenzuela; que esta conspiracion debia estar fomentada y protegida por la reina madre: que descubrirla seria un gran servicio hecho á Carlos II y que tal vez esto la volveria á abrir las puertas de la corte.

En aquel momento su dormida ambicion y sus sueños

de poder volvieron á presentarse ante sus ojos, y D. Guillen le pareció el primer instrumento de aquella nueva obra.

Tan pronto concibió la dama esta idea, como empezó á poner en ejecucion aquel proyecto aun no desarrollado.

—Guillen—dijo con dulzura—tú me engañas en este momento.

—¿Por qué, bien mio?

—Porque tú estás mezclado en esa conspiracion, tú estás en un peligro, en un peligro muy grande, y yo no quiero que te vaya á suceder algo: ¿qué seria de mí?

Y D^a Inés comenzó á llorar amargamente.

Aquella escena de falso amor, entre dos seres tan corrompidos, era una cosa que indignaba; cada uno de ellos desde aquel momento no pensaba ya sino en hacer del otro un instrumento y cada uno se creia engañador siendo engañado.

—Cálmate, bien mio—decia D. Guillen acariciando á D^a Inés—cálmate; yo te juro que ningun peligro me amenaza.

—Eso lo dices por consolarme: ¿cómo podré vivir tranquila?

—Te aseguro que no te digo mas que la verdad.

—Pues cuéntame qué parte tienes en todo eso de la conspiracion—dijo la dama tomando graciosamente el aire caprichoso de una niña mimada y acariciando coquetamente á D. Guillen—cuéntamelo, mi dueño, no tengas secretos para mí, como yo para tí no tengo.

—Pues es nada, mira: hay aquí una gran conspiracion para alzarse con el reino y traer de virey ó no sé de qué á D. Fernando de Valenzuela.

—¿Y quiénes dirijen esa conspiracion?

—No los conozco bien; si apenas hoy me hablaron de ella.

—¿Y tú estás comprometido?

—Te aseguro que no. +

—Bendito sea Dios! nada tendré que temer por tu vida; pero óyeme, Guillen, si tú lograras sorprender sus secretos, y contármelos, te aseguro que serias noble, rico, poderoso.

Dijo esto D^a Inés con tal entonacion, que el Señorito la miró asombrado.

—Sí—repitió Laura—noble, rico, poderoso.

—¿Y cómo? preguntó D. Guillen con interés.

—Eso corre de mi cuenta; con esos secretos yo te respondo de todo.

D. Guillen reflexionó.

Esta era una veta en la que él no habia pensado: ¿cumpliria D^a Inés? En todo caso él nada esponia, y esto no era obstáculo para llevar adelante el concertado robo del marqués, porque aún verificado el robo, él no perdía la confianza de la dama y quedaba en pié el recurso de que ella le hablaba.

Pero quiso llevar su engaño hasta el extremo, y darle el carácter de servicio amoroso y no de complicidad á todo aquello.

—Alma mia—le contestó—para probarte cuanto te amo, me iniciaré en todos los secretos de esa conspiracion, y todos los sabrás.

—Y tú, Guillen mio, verás como mi amor sabe hacer de esos secretos un tesoro para ofrecerlo á tus piés; á mí ¿qué me importan los disturbios del reino? pero yo he vivido en la corte, yo conozco sus misterios, yo sé cuánto vale un servicio semejante, y quiero, dueño mio, que ese servicio sea el primer escalon de tu fortuna, y sea yo quien pone ese escalon para mi amor.

—Inés ¡eres un ánjel!

—Y tú, Guillen, eres mi Dios.

Los dos amantes se unieron con efusion en un estrecho abrazo.

—Mi amor—dijo Inés—el tiempo ha pasado rápido, la mañana se acerca, y mi padre se levanta á la madrugada; vete; no por una imprudencia perdamos nuestra felicidad.

—Tan pronto?

—Es preciso; tener prudencia.

—Dices bien! me voy: adios, luz de mi corazon—¿puedo venir mañana?

—Sí, ven.

—Adios.

D^a Inés acompañó á D. Guillen hasta la puerta, cerró inmediatamente y se retiró á su aposento.

El Señorito despertó al remero que dormia, volvieron á botar su chalupa al agua, saltaron en ella y se alejaron.

—Quizá sea esto el principio de mi fortuna—pensaba D. Guillen—de lo otro nada se adelantó, pero veremos mañana: no se ganó Zamora en una hora.

La dama se habia encerrado en su recámara, y no pensaba siquiera en dormir. Como por encanto, habian vuelto á reaparecer ante sus ojos todos los cuadros que en un tiempo habian formado sus mas gratas ilusiones.

Descubrir una gran conspiracion próxima á estallar, salvar al rey uno de sus mas ricos dominios, hacer á su monarquía servicio de tal importancia, era volver á la gracia de Carlos II, era figurar nuevamente en la corte, era revivir, rejuvenecer.

Y en todo esto, la venganza completamente satisfecha, el golpe de gracia á la reina y á Valenzuela.

¿Y el de Albulquerque que la habia abandonado?

Aquella empresa tenia para el fogoso corazon de D^a Inés mil alicientes.

—El porvenir me abre sus puertas—pensaba D. Guillen—será mi ángel salvador, y yo le haré poderoso. En España reina un hombre, no una mujer: ese hombre ha sido mi amante, yo quiero ser para él lo que fuí en un tiempo, y lo seré aunque nos separe el océano, porque haré llegar mi nombre hasta su trono. ¿Por qué no he de ser para Carlos II lo que Valenzuela para D^a María Ana? ya lo veremos.